

LA MIRADA DE ERNST JÜNGER.

Mi primer encuentro con la literatura de Ernst Jünger, que recuerdo fue por medio de su espléndida novela de madurez *“Eumeswill”* (1977), a la que hice seguir con avidez la titulada *“Heliópolis”* (1965), me produjo desde la primera página un muy particular sentimiento de fascinación. Había una especial “mirada” que atravesaba su mundo literario, una mirada que parecía combinar la impasibilidad de un místico con la minuciosidad de un científico. Jünger tiene una obra extensísima, tanto como lo fue su propia vida, 102 años, y uno no ha hecho otra cosa más que picotearla a través de las no siempre fáciles traducciones al español de su refinado alemán. Sin embargo, ello es suficiente para percibir la complejidad de su empresa literaria, en consonancia con la difícil reductibilidad de su trayectoria vital. Por eso, además de otras razones, es por lo que el artículo de Juan Ezequiel Morales sobre Jünger (Canarias 7 del 24/2/98) me pareció tremendamente injusto, además de errado en la mayoría de sus aseveraciones.

Jünger no fue un “nazi”, y descalificarlo con tal epíteto estimo resulta, cuando menos, un ejercicio maniqueo demasiado cómodo y distorsionador. No fue miembro del partido nacional-socialista alemán y mantuvo desde el principio una prudente distancia respecto a la política de dicho partido, sin hacer ningún caso a los cantos de sirena que le dirigían. Sirvió en la Segunda Guerra Mundial, al igual que en la Primera, en su calidad de oficial del ejército de tierra alemán, pasando buena parte de aquellos bélicos años cuarenta en un discreto y hasta, por momentos, plácido destino en la Francia ocupada, todo ello reflejado en clave interna y meditativa en sus diarios del período, *“Radiaciones”* (1942-1958). Resultó, finalmente, expulsado del ejército alemán después del fracaso de la conspiración contra Hitler en 1944. Tan diferente estos diarios de aquel otro, *“Tormentas de Acero”* (1920), que cristaliza de modo extraordinario la brutalidad de la guerra moderna a gran escala que inaugura la Primera Guerra Mundial, su masividad industrial, su ciega eficacia, y donde, impregnándolo todo, aparecen los primeros atisbos de esa especial mirada como vía de mantenerse a flote, de no sucumbir a la disolución del individuo en el concierto sin sentido, apocalíptico y atronador de la batalla desde las enfangadas trincheras.

Jünger es, hay que reconocerlo, un personaje controvertido, adolece, en un sentido restrictivo, de inmaculadas credenciales demócrata-liberales, eminentemente, porque su vida y obra se desarrollaron en un contexto cultural de mayor amplitud y densidad. Tuvo una educación culta y rigurosa en un ambiente que era el de la Alemania pletórica de orgullo, autoritaria y militarizada de cambio de siglo, no obstante lo cual, su pensamiento humanista entronca con los principales hitos de la filosofía alemana desde la Ilustración, sobre todo, Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche, aunque en su actitud personal hacia la vida y la ciencia en general siempre lo he asimilado a un Goethe, de hecho, con el tiempo experimenta una evolución que, por denotarla con alguna burda etiqueta, podríamos adjetivar de neo-panteísta.

Pero lo que, en verdad, me interesa destacar, ya que no tengo intención de hacer una exégesis de su trabajo y peripecias biográficas, cuya vastedad aturde a cualquiera, es la actualidad y lo enormemente sugestivo de sus reflexiones literarias, que desbordan el género para invadir múltiples campos, desde la ecología y la tecnología, hasta la historia y la filosofía. La pasión de Jünger hacia la entomología, la botánica o la mineralogía, tiene su manifestación en una dimensión más amplia, en una forma de reverencia hacia la tierra otorgadora de vida, una relación casi amorosa con la supuesta materia inerte. En *“Abejas de Cristal”* (1957) late una básica interrogación humanista sobre los usos prácticos y múltiples de la tecnología, los peligros de las fuerzas ciegas y la impotencia del individuo frente a los poderes que tratan de manejarlas. No es de extrañar, pues, el

disgusto de Jünger respecto al dislate urbanístico en la Gran Canaria de los años setenta: cualquier observador sensible se hubiera ofendido frente a tanto desmán irrespetuoso para con un entorno físico de fragilidad extrema como el de nuestras islas. Ya declaraba Jünger, en alguna entrevista tardía, las restricciones que había impuesto a sus viajes, precisamente él todo un aventurero nato, debido a la decepción que le producía el volver a sitios cuya fisonomía había sido alterada de forma inmisericorde. Al fin y al cabo, Jünger estuvo, como parte de un largo periplo viajero, en las islas Canarias en el año 1936.

“El Trabajador” (1932), obra de difícil ubicación ideológica, acaba y deja atrás en cierta manera un ciclo de reacción nacionalista, fruto de la resaca de los años posteriores a la mezquina y desastrosa paz de Versalles que, según es sabido, sólo llevó miseria, humillación y rencor a la Alemania derrotada. **“Sobre los acantilados de mármol”** (1939) fue una novela escrita al final de los años treinta en pleno auge del nazismo, en ella hay un poderoso alegato contra el terror, contra la violencia en cuanto herramienta política que se instrumentaliza para provocar el mayor dolor posible. Retrato que adopta su foco desencadenante en la oscura figura del “Guardabosques Mayor” y que contrasta con la relación simbiótica que los hermanos naturalistas, el monje o la bruja, mantienen con una naturaleza que refulge en su propio poder específico, más delicado, huidizo y vulnerable. Asimismo, en la ya citada “Heliópolis” hay una vívida descripción de la espiral de desintegración social a que pueden verse abocadas las sociedades cuando pierden el referente de valores sustantivos que vehiculicen la convivencia, plantea los difíciles dilemas éticos que emergen en tales situaciones y detalla el cruel absurdo de la persecución a minorías sociales en una especie de ridícula coartada a los problemas reales.

Quizás Jünger, un caballero del siglo XIX que sobrevivió a las dos guerras mundiales del XX, no fuera tan optimista respecto al sistema político democrático como los que pensamos que la democracia está aún en sus primeros balbuceos históricos, y que hay todo un potencial de valores e instituciones pendientes de explorar a partir de los fundamentos de esta forma abierta y participativa de organizar la sociedad. Pero, sin ninguna duda, Jünger no sólo no renunció al hombre, al proyecto de desarrollo de su humanidad, sino que apuntó, en pulido quehacer literario, cuestiones esenciales para no descartar irremisiblemente durante el arduo recorrido de este empeño.

Las Palmas de Gran Canaria a 26 de Febrero de 1998.

Jacinto Brito González.